

divisible, porque todo es lleno, ó compacto:

Nam neque conlidi sine inani posse videtur

Quidquam, nec frangi, nec findi in bina secando.

Demos, no obstante, que se desmoronasen al choque los primeros ángulos: quisiera que me explicára algun Cartesiano quién los determinó á ser colocados en aquella precisa aptitud, para ajustarse al hueco á vista del vorticoso rápido movimiento que debia sacarlos de su quicio. Ya aquí damos tercera vez en el vacío, imposible necesario.

Ni es de omitir el argumento con que Zenon probó contra Aristóteles la imposibilidad del movimiento, el qual vale contra Descartes, porque tambien este Filósofo defendió á la materia indefinidamente divisible. Decia Zenon: Si el continuo no consta de partes finitas, y físicamente indivisibles, no puede haber movimiento; porque el mobil, puesto en el principio de él, deberá andar primero la primera, y mas cercana mitad del espacio; y porque aquella mitad tiene otras dos mitades, antes deberá andar la primera, y mas cercana; y ocurriendo siempre mitades de mitades hasta el infinito, nunca se dará una mitad, la qual pueda andar primero, sin que le falten que andar otras indefinitas mitades; y así nunca hallará la última por donde debe empezar el movimiento.

Ni vale el juego de palabras en que busca efugio Descartes, diciendo que las partes ni son *finitas*, ni *infinitas*, sino *indefinitas*: que es decir que no podemos señalar la última, aunque la tenga; pues lo primero no se pregunta qué sean las partes respecto de nuestro saber, y comprehension, sino qué sean en sí mismas, si finitas, ó infinitas; y decir que ni uno, ni otro, es tragarse el arduo bocado de dos contradictorias, pues, ó son finitas en sí, ó no son finitas; y si no son finitas, lo mismo es esto que ser infinitas, si no es que juguemos con las voces así como no ser *mortal* es lo mismo que ser *inmortal*; y no ser *prudente*, lo mismo que ser *imprudente*. Si preguntáramos de las Estrellas si su número era *terminable*, ó *interminable*, ¿no sería cosa de risa, que porque no podamos contarlas respondié-

ramos que ni eran *terminables*, ni *interminables*, sino *indeterminables*? La misma frusleria seria, si de las arenas del Mar se preguntase si eran *pares*, ó *impares*; y porque no podemos numerarlas, dixésemos, que ni eran *pares*, ni *impares*, sino *indepares*.

Volviendo á la formacion del Universo, tengo al pensamiento Cartesiano por un entusiasmo Filosófico, y un inutil rodeo de supuestos; pues para explicar los fenómenos naturales, era mejor ahorrar palabras, y tiempo, y saltando por muchas dificultades, decir que Dios crió ya hechos, figurados, y movidos los tales tres Elementos, que le agradaron á Descartes, lo qual era mas congruente al Libro Sagrado; pues el Génesis no dice que en el principio crió Dios cuerpos cúbicos, que tropezando se formaron en globos, en sutilísimos ramentos, y moles estriadas, de que al fin se hicieron torbellinos, cuyos centros ocuparon los Astros, su intermedio el Ether, y la circunferencia los Planetas; sino que *en el principio crió Dios el Cielo, y la Tierra*, empezando la historia por donde Descartes la acaba.

Con mucha razon los Scépticos despreciamos estas Físicas ideales, que no se fundan en observacion, y experiencia, como inútiles para adelantar las Ciencias naturales; pues si Cartesio no nos puede dexar demostrada la figura de las partículas del fuego, ni el ayre (entre quienes vivió), ¿á qué fin intentó investigar, ni de qué sirve para los usos humanos inquirir los cilindros, y movimientos de aquella primera masa universal, y resucitar la antigua fábula del Chaos? Estos no son mas que unos ingeniosos delirios; ó como decia Dionysio el de Sicilia: *Verba otiosorum senum ad imperitos juvenes.*

Pero pasemos adelante. Constituyó este Filósofo la esencia de la materia en la extension; y la extension que quedaria, si Dios destruyese un cuerpo, dexando los demas, dice que no es hueco: con que al cuerpo le hace espacio, y al espacio cuerpo. Y si la actual extension de la materia consiste en tener en sus partes unas fuera de otras,

pudiendo Dios de potencia absoluta hacer que se penetren, y esten en un lugar dos cuerpos, tambien podrá hacer que esten en un lugar dos partes de materia; y así que no tenga sus partes unas fuera de otras; de donde se infiere que la actual extension no es esencia, sino modo natural de estar la materia: como en mí es modo estar extenso, y no recogido. Y como quiera que en la idea de materia siempre se concibe esencial aptitud al movimiento local, parece que la esencia de la materia mas es ser *cosa mobile*, que *cosa extensa*.

Persuadido con ligereza que no pudo formarse el Mundo con las leyes que le impuso Descartes, voy á imitar á V. Rma. persuadiendo que en caso de ser, no pudo durar, porque intentando todas las partes de la materia con fuerte conato (segun él nos enseña) apartarse del centro, á la primera de en medio no hará estorbo la segunda, que tambien intenta apartarse, ni á la segunda la tercera, y así hasta el indefinido (para hablar en su término): con que no hallando estorbo que la detenga, la materia central vencerá á la superficial, dexando inane el medio. De donde se sigue que mucho ha que el Mundo hubiera rebentado como una bomba cargada de pólvora.

Pero demos que conservára toda la materia sus límites: parece que todos los sutilísimos ramentos, ó elemento primero diseminado, siendo una substancia fluidísima, y ella sola capaz del mas acelerado movimiento, no habiendo cuerpo que la estorbase el paso (pues si creemos la mente de este Filósofo, penetra los mas estrechos intersticios), debiera haberse recogido de golpe al centro del remolino; y aun ahora conforme se fuera engendrando, toda en un momento, siendo liquidísima, debia irse retirando á lo mas rápido de él, impelida de la materia mas tarda, y provocada de su agilidad, y ligereza; pues la misma razon que da Descartes para que se retirase al centro del Torbellino la sutilísima materia que forma las Estrellas fixas, hay para que se retire tambien toda la que ocupa los intermedios de la Globulosa, y Estriada.

De lo qual se seguiria lo primero dar quarta vez en el inconveniente del vacuo, pues quedarian entre los restantes elementos los espacios inanes que desamparaba el primero. Lo segundo, que accediendo al centro todo el primer elemento diseminado, se hubiera agrandado ya tanto el Sol (y lo mismo los demas Astros fixos), que hubiera ya tostado á los vivientes, y llegado el juicio final, acabando el Mundo con fuego. Lo tercero, que como el continuo choque tira á aterir, y desmenuzar las materias, ya se hubieran todas reducido á sutilísimas, y los tres Elementos se hubieran convertido en uno, disolviéndose el Universo: y no creo yo que Descartes que mandó en el Mundo como en casa propia, tenga caudal para suplir tantos huecos, y reparos.

Parece que los oygo responder que los Elementos son convertibles, y que al paso que unas materias se sutilizan, otras sutiles se traban; pero quisiera yo preguntar con qué liga se unen las fluidísimas, minutísimas, y homogeneas partículas del primer elemento; pues no teniendo figura desigual, ni composicion heterogenea, no pueden trabarse, ni eslabonarse entre sí, porque no puede de otro modo concebirse que se vuelva en sólido lo líquido, y lo sutil en estriado. Alegan las manchas del Sol: pero estas no creo yo que son concreciones de materia sutil; pues si lo fueran (segun su hipótesis), ni pudieran estar, ni las pudiéramos ver en el Sol, como que debieran apartarse del centro del remolino á la circunferencia, donde formáran nuevos Planetas, por no poder seguir lo rápido del centro: mas creo yo que estas máculas, ó son pábulos del fuego, ó deslumbreres de la vista, ó humos de las féculas.

Hay otro reparo contra la duracion del Universo; y es, que una vez formado el segundo elemento, ó materia globulosa, á pocos embates, y tropiezos perderia su figura esférica; pues así como en el primer choque los cuerpos cóbicos perdieron sus ángulos, y se hicieron redondos, así prosiguiendo los tropiezos, los redondos debrian perder su globosidad, y no habiendo de donde reclutar otros nue-

nuevos, porque todo se haria un ripio irregular, y lo sutilísimo no podia condensarse en globos, como queda esforzado, ni lo estriado, porque nadando en un líquido, cederia el lugar, y evitaria el choque; se sigue, que muy luego hubiera faltado el Ether, y la luz, é invertídose el orden de la naturaleza. Este reparo se funda en que el mismo movimiento que sirve á hacer una cosa, continuándose la destruye. Así el movimiento que del mosto hace el vino, prosiguiendo le vuelve vinagre: y el mismo movimiento que anima el mundo pequeño del hombre, ese mismo continuando su accion le envejece, y acaba.

Ultimamente, quisiera que algun Apolo Cartesiano me revelára por qué todos estos vórtices, siendo líquidos, y tocándose unos con otros, no se han confundido, haciéndose de todos los Torbellinos un gran Turbillon; pues de dos Rios, aunque corran encontrados, el mas rápido se lleva al otro, reduciéndole á su corriente, y direccion: luego de dos remolinos de materia líquida, el mas vehementemente poco á poco irá metiendo al otro en su jurisdiccion. De donde se infiere que todo el Universo ya se hubiera otra vez reducido á la ruda, é indigesta mole en que empezó, y perdido su constante armonía:

*Quippè reluctatis iterùm pugnantiã rebus,
Rupissent Elementa fidem.*

§. VIII.

A Cerca del décimoquarto asunto que la Música que hoy se usa en los Templos, aunque tenga mas primor, y gracia, no tiene la gravedad, y decencia, que corresponde al culto, solo puede negarlo quien no escuche el dictamen de su conciencia, ó no acierte á hacer justicia en los informes de su oído, ó quien poco melindroso, todo sensual, y nada reflexivo, no distinga la Ara del Teatro. A tanto ha llegado el abuso, que en nuestros dias se escuchan por las calles mezclar á coros las Ave Marias, y los Minuetes, y entreverar impropriamente la tierna, y humilde Oracion del Padre Nuestro con el marcial es-

truendo de clarines, y timbales; pero protestando, es menester callar, que es de tal condicion el mundo, que siempre ha estimado mas delirar con los muchos que sentir con los pocos. Volviendo al intento, yo siempre he hecho juicio que la Música nueva, en orden á lo artificioso, no es mas que una paráfrasis sobre la antigua, y en orden á su viveza, y gracia, que mas es á propósito para curar tarantulados, que para hacer devotos.

§. IX.

EN el decimoquinto Discurso soy del mismo sentir que V. Rma. porque quatro cosas se consideran en las lenguas: energía en las voces, dulzura en los acentos, riqueza en las frases, y abundancia en las palabras, que corresponda á la abundancia de las ideas. En energía ninguna lengua vence á la otra; pues la misma fuerza de expresion tiene la voz *Galerus* en Latin, que *Sombrero* en Romance: en dulzura tampoco, pues á cada uno le suena mejor su nativa, y acostumbrada; y así al Vizcayno le agrada mas la aspereza del Vascuence, que la melodía Griega; y no hay Jueces bastante desapasionados, que den sentencia, pues, ó les preocupa el parentesco con la suya, ó les inclina la vanidad de la que mejor poseen, ú otros infinitos respetos: que en caso de haber Jueces bastantemente indiferentes, sin duda la lengua, que (anteponiendo su nativa) fuera segunda para los mas, sería la primera para todos. De la armonía en las lenguas comunes no se puede hacer juicio, porque segun las varias Naciones, se varía la prolacion, y así se varía la dulzura: Un Español que sabe Latin suele no entender el Latin de un Francés, porque se le desfiguran las voces con el extraño acento, y sonido. Vulgarmente se refiere de un energúmeno, que compelido el diablo á que hablase Latin con la antigua pronunciacion Romana que se usaba en tiempo de Ciceron, fueron tan extraños los acentos, que ninguno de los Latinos que habia delante pudo entender lo que decia. Tampoco unas leguas van muy desiguales de otras en la riqueza de las frases, pues cada una suele tener su fuerza, y

copia donde la otra su debilidad, y pobreza: en el cortejo de las Dams suele preferirse la Francesa, en los ejercicios de devoción la Española, en la explicación de las Ciencias la Griega, y Latina, y así de las demás: con que solo resta que se excedan en la abundancia de palabras, y en esto (si no excede) no cede la Española á otra alguna. No niego por esto que es utilísima la Francesa; pero no es porque lleve ventajas á la nuestra, sino porque siendo las lenguas como llaves para abrir el secreto de las noticias, y habiendo cuidado tanto esta Nación de encerrar en la suya las mas selectas, quien quisiere descubrirlas necesita poseer esta clave: política muy acertada, y contraria á la Española, que siempre ha temido á desprecio tratar las materias graves, y científicas en idioma vulgar, como si fuera razón, ó conveniencia cuidar mas del decoro, y aprecio de una lengua agena, que de la propia, y natural.

§. X.

EL intento decimosexto del desagravio de las mugeres, es tan justo, como bien trabajado. A lo ménos yo, como Profesor Anatómico, puedo decir, que no siendo la organización que diversifica los dos sexos, instrumento de los pensamientos, y conviniendo hombres, y mugeres en la fábrica del cerebro (única Silla, y Emporio de las ideas), debo creer que en la aptitud para las Ciencias no son desiguales los oficios, pues no son diferentes los órganos.

§. XI.

ENtremos ya al ancho campo de la Medicina, en el qual V. Rma. cortó tan elásticos los puntos de la pluma, que es de temer que la vehemencia de su Rhetórica, queriendo apartar al Vulgo del extremo de la confianza, le haga pasar al opuesto extremo del desprecio, y la desesperación. Sería, Padre Rmo. prudente extratagema, considerando al Pueblo torcido al extremo de un ciego asenso, inclinarle al opuesto, á no ser él de tan flexible, y deleznable condición, que suele quedarse donde le ponen, sin

acertar por falta de uso el debido medio de la rectitud:

Dum vitam stulti vitia in contraria currunt.

Nada alhaga mas mis pensamientos que la doctrina Scéptica; pero V. Rma. se muestra tan rígido, que por precepto superior me es preciso proponerle algunos reparos con la mayor humildad, esperando resignadamente su decisión, porque excediéndome tanto V. Rma. en todas líneas, entre nuestros dos ingenios debo decir con Virgilio:

Tu major, tibi me est æquum parere Menalca.

Que se honre al Médico por necesidad, porque le crió el Altísimo: que justamente recibe su gratificación de los Reyes: que su doctrina corona de glorias su cabeza: que merece ser alabado entre los Magnates: que el Altísimo crió de la tierra la Medicina, y que el varon prudente no la despreciará: que hay Arte para que con el específico de un leño se endulce la agua amarga: que la virtud de las Medicinas es para que la conozcan los hombres, y que Dios les ha dexado esta Ciencia para así ser alabado en las maravillas de la naturaleza: que curados se mitigan los dolores: que pueden confeccionarse suaves unguentos de sanidad: que se dé lugar al Médico despues de orar á Dios, porque para esto le crió; y finalmente (¡cláusula admirable!) que jamas se aparte el Médico de nosotros, porque sus obras nos son necesarias; solo puede negarlo quien niegue la sagrada irrefragable verdad del Eclesiástico, cap. 38.

De cuyo infalible testimonio se infiere, que son dignos de todo honor los Médicos, y que hay esta utilísima Arte, pues fuera indecentísimo á la Providencia criar los medicamentos, y no criar quien rectamente los administrase; porque ya se ve en vano era hacernos el beneficio de su creación, negándonos el de su aplicación. Se infiere tambien, que de justicia recibe el Médico la donación de los Reyes, y poderosos (bueno es esto, quando el no gratificar al Médico es pecado, como dixo un discreto, que hasta ahora no ha llegado á pies de Confesor); y en fin, para resumir se infiere, que el intento del Libro Sagrado es apartarnos de la desconfianza que el Teatro Crí-

tico quiere infundirnos. Tan lexos está del supuesto, que V. Rma. presume, que siendo error popular la murmuración, y el desprecio, mas necesitamos torcer al vulgo al honor, y al aplauso (como dice el Sagrado Texto) que á la desconfianza, y menosprecio, procurando artificiosamente que se constituya en el medio virtuoso, y esto con mucho tiento, porque suele acontecer, que

In vitium ducat culpæ fuga, si caret arte.

Es tan necesaria, y gloriosa la Arte de la Medicina, que Christo mismo, y sus Apóstoles curaron. De Christo refieren los Evangelistas que tomó el pulso, y aplicó sobrenaturales medicinas (así nos hubiera dexado la virtud, como nos dexó el exemplo): S. Lucas, y S. Pablo la exercieron: aquel en Antioquía, y este en Damasco; y de S. Pablo consta que hizo su receta, aconsejando el uso del vino á su Timoteo: el Angel no se desdenó de hacer colirios: el Sapiéntísimo Rey Salomon disputó desde el cedro del Líbano hasta el Hysopo de la pared; y esta profesion tuvieron muchos Santos, y Pontífices, como Eusebio Griego, Nicolao Quinto, y Juan XXI. Luis Patavino (creado Cardenal por Eugenio Quarto) fue Médico; y no cito mas, así por no dilatar el discurso, como porque estos sobran para autotizar de honesto, necesario, y científico (del modo que lo son las Artes naturales) el uso de la Medicina.

Y descendiendo á noticias profanas, los Egipcios, de Médicos hacian Sacerdotes, y de Sacerdotes Reyes: *Medicus non es, nolo te constituere Regem*: á lo menos aquel gran Trismegisto igualmente apreció entre sus dictados ser Médico, que Rey, y Sumo Sacerdote. Médicos tambien fueron Giges, y Sabor, Reyes de los Medos: Avicena, y Sabiel de los Arabes: Mitridates de los Persas: Mesues de Damasco; y no falta quien diga que Alexandro, Hércules, Dionysio el de Sicilia, y el Emperador Adriano. Entre los monumentos mas antiguos se hallan venerados por Heroes, ó hijos de Dioses, á Apolo, Chiron, Esculapio, Apis, Isis, y Osiris; y finalmente entre los Griegos mereció el Grande Hippócrates los mismos honores que la Deidad

dad de Hércules: tan lexos está de que á la Medicina la haga despreciable su incertidumbre, que de ahí la vino su mayor gloria; pues, como dixo Platon, *difficilia pulchra*: y si esto es así; qué Arte puede disputar con la Medicina en obscuridad, y dificultad? Con que de esto infero, que la decadencia que ha padecido esta Facultad desde aquellos tiempos á los nuestros, es hija de uno de los errores vulgares, el qual mas se debe rescindir que promover.

Verdaderamente, Rmo. P. M. si desnudamos á los Médicos de la moral certidumbre de sus noticias dietéticas, diagnósticas, prognósticas, y curativas, y de la artificiosa administracion de sus alterantes, y específicos, esforzando con V. Rma. que *saben muy poco de la curacion de los enfermos, pero nada saben, ni aun pueden saber del régimen de los saños*; no sé si sabrán mas de esto los Teólogos, ó los Juristas: lo que sé es, que por poco que sepan, sabrán mas que nada; con que es menester suponer que deliraba Homero, padre de la sabiduría Griega, quando en la Odysea quarta dixo:

Est Medicus prudens multis præstantior unus

Ille viris.

Y en otra parte: *Medicus, aut quilibet sciens supra omnes homines*, poniendo sobre los hombres al Científico, y sobre los Científicos al Médico.

¿Y en qué profesion se necesita mas penosa, y extendida lectura para instruirse: mas perspicacia de sentidos, y viveza de ingenio para ajustar prontamente las combinaciones: mas solidéz de juicio, y nervio de prudencia para profesar materia tan circunspecta, en que se trata de la vida de los hombres, y que la ocasion es precipitada: mas refinada política para sabersé conducir con tan varios estados, genios, costumbres, y aprehensiones de gentes: mas enfadosos trabajos para estudiar sobre cadáveres, y asqueros lechos? Y en fin, ¿qué facultad hay mas meritoria, por mas expuesta á sustos, tristezas, incomodidades, riesgos, y calumnias? Bien advirtió Hippócrates que el Médico *ex aliena miseria dolorem sibi metit*.

Tom. II. del Teatro.

Y 3

tit.